

# Caminito de su iglesia

D. Venancio Puente Arroyo

CURA ARCIPRESTE DE BARRUELO DE SÁNTULLAN

por

Un Párroco de pueblo



# Como el Maestro

D. José María Escoda Cedó

PARROCO REGENTE DE VILLARRODONA

por E. C.





DS-CL  
A

22

# Caminito de su iglesia

D. Venancio Puente Arroyo  
CURA ARCIPRESTE DE BARRUELO DE SANTULLAN

por

Un Párroco de pueblo



# Como el Maestro

D. José María Escoda Cedó  
PARROCO REGENTE DE VILLARRODONA

por E. C.



C.12/8144  
t.143395

*Nihil obstat:*

FR. TEODOSIO DE LA SDA. FAMILIA.

IMPRIMATUR:

Victoriae 10 Julii 1948.

+ CARMELUS, EPISCOPUS VICTORIENSIS.



Imp., Lib. y Enc. del Montepío Diocesano.—S. Antonio 10.—VITORIA

R.132531

**CAMINITO DE SU IGLESIA**



## Lo que dice su autor y lo que decimos nosotros

*El veterano Sacerdote que nos ha ofrecido esta Semblanza, la prologa así, en dos trazos:*

*«Teníase D. Venancio por una medianía, y en ese concepto quería ser tenido. No voy contra él en este su deseo; por ello he elegido un título tan diminuto y en grado diminutivo. No obstante su pobreza, en él caben los pocos datos que he podido obtener y los no menos pocos que se pueden meter en una no del todo desordenada Semblanza de reducidas dimensiones.*

*«Título tan pobre no puede dar, ni a préstamo, dignidad alguna a los hechos; así podrá el lector examinarlos detenidamente, viéndolos por los cuatro costados en su pura y estricta realidad».*

\* \* \*

*Hasta aquí lo que dice el autor de esta Semblanza. Ahora, lo que decimos nosotros.*

*Porque algo hemos de decir acerca del anónimo bajo el cual ha deseado encubrirse, para que no se nos atribuya equivocadamente su paternidad: que, aun cuando nos parecía demasiada modestia la de «un cura de pueblo», no nos hemos creído con derecho a introducir en ello ninguna modificación. Por lo tanto, así quedará impreso en letras de molde, aunque nuestros hermanos echen de ver, a pocas páginas que lean, que no es tan cura de pueblo—todos nos entienden en qué sentido lo queremos decir—quien con tanta soltura y desenfado escribe, amén de las lecciones de sabrosísima experiencia que le brotan acá y allá por los puntos de la pluma.*

*Y todavía pudiéramos añadir mucho más en alabanza del autor de estas páginas... Pero él nos entiende y nos basta.*

*Vitoria, 12 de Junio de 1948.*

LA DIRECCIÓN de «SEMBLANZAS SACERDOTALES».





## Sus primeros años

En el pueblo de Frandovínez, Arciprestazgo de Tardajos, Arzobispado y Provincia de Burgos, del matrimonio Manuel Puente y Gregoria Arroyo, que ya había tenido más hijos, los cuales fallecieron antes del uso de la razón, nació Venancio: a éste siguieron Benita, María Paz, Petra, Mercedes, Angel y Pilar.

Iban estos niños creciendo en edad y, con tan buenos padres, de los que su párroco decía: el padre es un buen hombre, la madre es una santa: todo en aquella casa era paz.

Por una de esas intenciones que no saben cómo ha venido (*Deus operatur in nobis sine nobis*), deciden que Venancio empiece a estudiar Latín en Palacios de Benaber, donde hay un párroco preceptor muy ejemplar, y el niño Venancio se distingue por su no distinción, sino que en todo lo bueno es uno de todos. La única distinción es su seriedad natural.

Terminado el latín, va al Seminario de San José de Burgos y pasa el primer año como un seminarista que cumple bien el regla-

mento, pero sin procurar distinguirse en nada. Llega el fin de curso y, habiendo obtenido buenas notas, se propone hacer oposición a becas, para ayudar en los gastos a sus padres, y, en efecto, obtiene beca.

Con buenas notas también termina sus estudios en el Seminario y sale de él sin la distinción que todos tanto desean: Licenciarse en Sagrada Teología.

Todos los compañeros del Seminario hablan muy bien de él: le tienen por aplicado, virtuoso, serio, pero no soberbio.

En 1908 se ordena de Sacerdote y, para la primera Misa, deja a sus padres que lo dispongan todo, y éstos quieren hacer una gran fiesta, encargando el sermón a su pariente D. Miguel Arroyo, Profesor del Seminario de Valladolid, y el oficio de Padrino al M. Iltre. Sr. D. Antonio G. Ballesteros, Canónigo de Burgos.

Preparado ya para empezar a ejercer como Sacerdote, se le nombra Ecónomo de San Adrián de Juarros. Allí sucede a un párroco anciano y enfermo desde muchos años: es, pues, su entrada deseada, llenándose los feligreses de satisfacción al recibir al nuevo cura, joven y dispuesto; y esa satisfacción les duró hasta que salió, para tomar posesión en propiedad de otra parroquia, y aun hoy le recuerdan con cariño.

No se le tomaba en cuenta su natural seriedad, al ver el cariño para con todos, y parece que le ayudaba para aconsejar a quien le

pedía consejo y para cumplir íntegra y fielmente cuantas comisiones se le daban. Esto se vió bien claro en la enfermedad de un compañero de más edad que él, a quien tan seria y cariñosamente supo aconsejar en los últimos momentos—consejo, por otra parte, necesario, ya que, no obstante creer todo el mundo que era rico, se hallaba en deudas—para que declarase en el testamento su estado económico, librando así de muchos disgustos a la familia, a quienes le asistían y a los compañeros. Era muy bueno aquel sacerdote, y de ello dió pruebas con esta obediencia.

Con ser continuo su estudio, atendía y procuraba, como buen compañero, fijarse en lo que los otros hacían bien. No es extraño que todos le quisiesen y que estuviesen dispuestos a ayudarle.

### Metido en la brega

Toma parte en el concurso, son aprobados sus ejercicios y le dan en propiedad la parroquia de Villorejo, en el Arciprestazgo de Santibáñez de Zarzaguda.

Aquí sigue la vida que empezó en San Adrián, humilde, sencilla, de trabajo en sus libros, asiduo en la iglesia, en el confesonario, catecismo, etc., y siempre dispuesto a oír, aconsejar y ayudar a sus feligreses. Los vecinos de Villorejo dicen que predicaba mucho.

Sin pedirlo él, le nombran confesor de las Religiosas Benedictinas de Palacios de Bena-

ber, y ellas ven en él un sacerdote celoso, serio, que entiende de la dirección de las almas y enemigo de largas conversaciones.

Hasta el año 1924, en que se anuncia otro concurso, se pasa la vida de D. Venancio en esa oscuridad, en ese silencio, en ese, si queis llamarlo así, desvío de las felicidades mundanas. Así se pasa la vida íntegra y larga de tantos curas rurales. Toda ella está incluida en estas palabras: «Caminito de su iglesia».

Y ahora, permítaseme romper una lanza en su favor.

¡Quién pudiese gozar de la pluma de los Fray Luis o de esos escritores de fama para contar y cantar las virtudes y conocimientos del sufrido clero rural! Ya que yo sea incapaz para ello, preguntaré a muchos universitarios que tan *engambetados* contra los curas de pueblo salían de la Universidad.

Los que han empezado a ejercer su carrera en pueblos pequeños, todos se hacen a los pocos días amigos del Cura, y esta amistad no es pasajera; dura después que se separan, y no son pocos los que siguen hablando cariñosa y respetuosamente de su primer párroco rural; siguen escribiéndose y desean verse amenudo.

La explicación de este hecho nos la da uno de los médicos que más visitas y consultas tenía en una capital de provincia. «Cuando los médicos visitamos o recibimos consulta de una persona particular o moral, en la

que hay educación; quedamos satisfechos: si hay virtud, también se nos considera y atiende y, por ello quedamos complacidos: si hay educación y virtud, entonces todo está completo: ¡qué palpablemente se ve cómo para la vida social se ayudan y suplen la educación y la virtud! »

No creo pueda explicarse más claramente el atractivo de los curas rurales. Son personas educadas y virtuosas, y esto llama la atención más en un pueblecillo que en una gran población. Alguien preguntará: ¿Qué educación o ilustración y qué virtudes tienen los curas rurales?

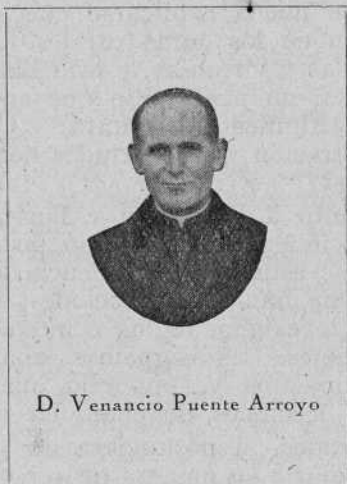
En cuanto a educación e ilustración, sus años de Seminario abarcan no pocas asignaturas que se estudian a conciencia y continuamente acompañan a las lecciones, muchas de las cuales lo exigen, reglas e instrucciones de trato de gentes. Las asignaturas abarcan todos los conocimientos y, por ello, un sacerdote puede dar lecciones de cualquier asignatura.

De virtudes, si no tuviera un gran amor de Dios, dejaría su manera de ser y su parroquia, porque, como confesaba un minero, no bueno: «No debemos insultar a los curas; ¡si ganan menos que el último peón! »

Su amor del prójimo lo patentiza su continuo trato con los feligreses, teniendo que bajar tanto, como el médico que tan acertadamente cita Pereda en *Peñas arriba*.

## Se acaba el retrato

Saben dominarse: De un sacerdote que conocí hace mucho, muy nervioso y, por lo mismo, de genio fuerte, me dijeron los compañeros, que le estimaban y admiraban, porque era



D. Venancio Puente Arroyo

notorio que, para dominar su genio, hacía penitencias.

Con otro de no menos genio, llegó un feligrés a ser alcalde pedáneo, a la vez que una hija suya era Maestra del pueblo; quiso aprovecharse de la ocasión, para imponer una servidumbre a la casa del párroco. Empezó a

trabajar; le mandó el cura que cesase; al no obedecer, bajó el párroco y le sujetó. La mujer acude en defensa de su marido y queda sujeta; la Maestra voceaba, pero no salió de casa. Al verse en esa situación, abandonaron la idea de la servidumbre y cada uno se fué a su casa; cuando he aquí que, antes de media hora, va el párroco a casa del vecino, diciéndole que baje. El se resiste, pero el párroco le dice: «lo pasado, pasado; hay que vivir como buenos vecinos». El alcalde le indica que suba a tomar un trago, y el cura responde: «yo no tomo vino a deshora: baja un vaso de agua y... ¡todo terminado!»

Si preguntamos a los otros curas rurales, si en ellos hay cosas parecidas, nos responden: «no hay esos genios y, por tanto, obras tan grandes, pero obras de las dos clases, las tenemos todas las semanas».

La virtud de la pobreza es más manifiesta: aunque tienen derecho a tomar vacaciones, no salen de casa, si no es para hacer ejercicios o asistir a conferencias, y esto todo es para bien de la parroquia y de los feligreses; de suerte que de estas salidas se debe decir que son «caminito de su iglesia».

Su comida es muy pobre; celebran las fiestas del pueblo con comida extraordinaria, pero no pocas veces tienen que contribuir los mismos sacerdotes que acompañan en la fiesta. Se hablaba de que tomaban chocolate, pero era sin azucarillo y de lo barato; total: dos pesetas al mes. Hoy, entre los curas rura-

les, al chocolate se le llama: *el soldado desconocido*.

¡Cuántos de estos sacerdotes que pasan así toda su vida, valdrían para mucho más! Si a nuestro D. Venancio no se le ocurre hacer otro concurso, así hubiese pasado su vida entera, hecho un pobre cura rural, sin poder manifestar sus aptitudes.

### Nuevo concurso

En esto, se anuncia nuevo concurso a curatos... Presenta D. Venancio su instancia y toma parte en él. Como, desde que empezó la carrera, su principal trabajo era el estudio, aprobó.

Después del examen de concurso y antes de la provisión de parroquias, siguiendo el consejo de quienes bien le querían, se licenció en Sagrada Teología.

Como era tan querido en las parroquias que regentó, no tenía ilusiones, ni había estudiado la manera de ser de las parroquias de Ascenso, a las que le decían sus amigos debía dirigir su firma; por ello pregunta a quienes pueden estar más enterados, notándose en él muy singular interés por conocer las particularidades de Barruelo de Santullán, en la provincia de Palencia. Se le expone por más de uno lo que dicha parroquia es, y él la firma. Se la dan, y los de Barruelo, porque nadie allí le conoce, ni se ilusionan, ni sienten el nombramiento.



Llegado el tiempo de tomar posesión de su nueva parroquia, a ella se dirige con su sencillez proverbial, y Barruelo, contento con el cura que tenía, le acoge cortésmente, pero nada más. Algunos, al ver su figura no arrogante y sus pocos años, no recibieron gran satisfacción, ni concibieron grandes esperanzas; otros, precisamente por su aspecto, tranquilidad y, si se me permite la frase, nada echado para adelante, dijeron: «éste tiene trazas de ser el párroco que Barruelo necesita».

Era su principal deseo, y es la primera obligación, visitar, antes que nada, la iglesia parroquial, y delante de ella conoce cuán verídicamente le expusieron lo que era, cosa que él nunca pudo creer.

Este caminito de su iglesia le produjo tal impresión que de día y de noche, en Barruelo y fuera de Barruelo, no sabe hablar de otra cosa. Para un pueblo de las almas de aquél, su actual iglesia es por sus dimensiones una pequeña sacristía.

Alguien se atreverá a decirle: «Deshazla y edifica otra»; esto cuesta poco el decirlo, pero ¿y el hacerlo? También le dijeron que en Barruelo había habido sacerdotes de mérito, de lo cual él se acordaba bien; y si estos, a quienes él se propuso guardar consideración, no se atrevieron a hacer nueva iglesia, él ¿cómo iba a meterse en obra tan grande? Esta pena le sigue siempre y él no desespera de que, por buenos o malos caminos, se presente alguna ocasión propicia.

Con tal dolor va siguiendo una vida parecida a la que tuvo en las parroquias anteriores; de estudio, de predicación continua, asiduo en el confesonario, siempre dispuesto a oír, aconsejar y ayudar a sus feligreses y dando cuantas limosnas podía.

Sin pedirlo él, ni desearlo, he aquí que le confieren otro cargo.

### Se le nombra Arcipreste

Aunque las circunstancias no eran muy agradables, por seguir, como siempre, obediente a sus Superiores, acepta el cargo y, al tener que presentarse en nuevas parroquias, se hace más conocido y las personas buenas quieren tratar con él, exponiéndole con confianza sus graves asuntos, y a todos sabe dar una solución prudente. Así lo afirman los sacerdotes y personas religiosas y, lo que más admira, así lo confiesa un sacerdote del Arciprestazgo, a quien habían depuesto del cargo de Arcipreste: «Estoy contento con él, decía, porque me guarda consideraciones». Estas consideraciones no llevaban consigo desconsideración, ni injusticia para los demás sacerdotes del Arciprestazgo.

Tenía buenas relaciones con las Autoridades de Barruelo; estaba bien conceptuado entre los de las Minas, lo mismo propietarios y jefes que obreros, tratando con todos y huyendo de halagar a clase determinada. Era el párroco de todos legal y prácticamente.

Antes de la república y con la república, él procedía como verdadero párroco, y su personalidad iba ganando. Los que le recibieron con desilusión, reconocían haberse equivocado, y los que creyeron ver en él al párroco ideal para Barruelo, se alegraban cada día más de tenerle consigo. Pero él seguía con su dolor por la iglesia, y su dolor iba en aumento. Con los sufrimientos de la república y la pena que le afligía por las dimensiones de su iglesia viene lo que no tenía más remedio que venir.

### La revolución de Octubre

Cuando estaba en San Adrián y después de salir de dicha parroquia, jamás D. Venancio habló mal de los de San Adrián. En Villorajo nadie le oyó quejarse de sus feligreses; hasta el punto de que una persona que tuvo el atrevimiento de decirle: «Sufrirá V. mucho con los de su parroquia», recibió la inmediata y enérgica contestación: «Los de mi parroquia son los mejores». Otra persona de Barruelo, en carta de condolencia a los hermanos, dice: «Dios les bendiga y disfruten de esa tierra y gente, a mi juicio, mejor que la de este rincón; eso no se podía decir a D. Venancio; pues él lo defendía a capa y espada».

Jamás se le oyó quejarse de Barruelo, ni antes, ni después de la revolución.

Si, pues, él, como buena madre, jamás empezó conversación con quejas de los de Ba-

rruelo, sintiendo no poder negar lo que con verdad le decían, pido a mis lectores no me conviertan en mala suegra que parece gozar con hablar de las faltas de sus nueras y yernos.

No hay que negar, sin embargo, que en Barruelo hubo una verdadera revolución, la cual en los primeros momentos se aprovechó de que no había más fuerzas que las ordinarias en tiempo de paz.

Nunca había habido alteración grande de orden entre aquellos mineros; no es, pues, de extrañar que no la esperasen tampoco entonces. Pero habían trabajado mucho en Barruelo los socialistas, y los dirigentes de la revuelta se aprovecharon de la falta de fuerza pública.

Como una riada iban y tenían que ir todos los que se encontraban en la calle, cuando la turba pasaba. Se gritaba y voceaba con voces de hombres, de mujeres y de niños contra todo lo bueno; se amenazaba con quemar todo lo que indicaba orden: Ayuntamiento, Juzgado e Iglesia; se pedía la muerte de personas de orden, de Religiosos y del Párroco, sin que nadie pudiera oponerse. Se prende fuego a la casa del Ayuntamiento, quemándose toda su documentación y la del Juzgado. Se pone fuego en la Iglesia, de la que nada se salva. Se quita la vida al Hermano Director de los Maristas...

Permítanme no diga más, porque ya es bastante lo dicho. Lo que verdaderamente llama la atención es una cosa:

## A D. Venancio no le mataron

¿Cómo se explica esto? Hay una explicación que no tiene vuelta de hoja: No lo quiso Dios.

Debemos, sin embargo, escudriñar algo en la vida en general, y más en particular, en la vida del Párroco. Dos, de entre muchos ejemplos que pueden citarse, servirán para quitarnos algo de ese asombro.

El primer día del Movimiento Nacional, en un pueblo de mineros y en poder de los rojos, registran tres veces la casa del párroco y, a la tercera le dicen: «Márchese, que si no le vamos a matar». Se marchó y, al terminar el Movimiento, volvió a la parroquia, siendo de todos querido.

En otro pueblo también de mineros y en poder de los rojos, pasaban por el lado de la casa del cura unos rojos como ellos solos; al llegar a la esquina, vocean con todo pulmón: «¡Viva el comunismo!», y sueltan una blasfemia. El cura les dice: «Ya terminaré yo por vosotros: ¡abajo el clero!» Los mineros emprendieron precipitada huída, y a uno le fué mal en las narices.

Son dos hechos que hay que admitir como reales y de los que hay que partir para hallar alguna causa más o menos influyente dentro de las obras humanas, naturales o sobrenaturales.

Los feligreses conocen que la personalidad

del párroco es completamente particular. Si ven al párroco con otros sacerdotes, a él miran y consideran de manera muy distinta: si, por cualquier desagradable suceso, se enemistan con su cura, también dicen que es una enemistad que no se parece a las otras enemistades.

Aquellas virtudes que mencionamos al romper una lanza en favor del clero rural, han causado en los feligreses, buenos y no buenos, una impresión difícil de borrar; aquel rebajarse para oír, aconsejar y ayudar a todos, sin que la dignidad se rebaje lo más mínimo; aquel hacer favores, sin exigir votos ni esclavitud alguna; aquel no guardar odio, háganle lo que le hagan y díganle lo que le digan; y, sobre todo, aquel trato con hombres y mujeres, jóvenes, niños o ancianos, buenos o malos, sin salir de su boca palabra que mancille su castidad (para este punto dejé intencionalmente tratar de esta virtud), todas estas cosas hacen que los feligreses juzguen de la personalidad del cura de muy distinta manera que de sí mismos y de los demás vecinos.

Si se presenta algún asunto, para el que hace falta extraordinaria confianza o riguroso secreto, unánimemente nombran todos al Señor Cura. La continuidad en su vida ha hecho que todos sus feligreses consideren su manera de vivir superior a la de los demás. La administración de Sacramentos y la celebración de los divinos Oficios, a buenos y malos tiene encantados; a los buenos, con agradable admi-

ración; a los malos, con admiración más que odiosa, envidiosa y, por ello, si se ven en caso grave, no se avergüenzan de ir a depositar su confianza y cuita en su buen párroco. También los no buenos feligreses saben que el párroco es mediador entre los hombres y Dios y, por ello, se escandalizan tanto de cualquier falta, real o falsa, que se eche sobre el cura.

También los rojos sabían prácticamente este reverencial cariño de los feligreses hacia su párroco y, aunque se libraban muy bien de decir sus propósitos y confesar sus hechos, no faltó quien, estando en la taberna y después de beber más que lo que le dejaba su estado normal, al preguntarle, si ellos se atreverían a matar a su cura, dijo: «Para eso traeremos rusos». (Esto no pasó en taberna de Barruelo).

Siendo tan buen párroco D. Venancio, ayudan estos hechos y estas consideraciones a hacer menos increíble el que no le matasen.

No estaba entonces D. Venancio para pensar en estas filosofías y así, al oír los subversivos gritos de la calle, entre los que venía la amenaza de su muerte; al saber que el Ayuntamiento y la Iglesia estaban ardiendo y que el Director de los Maristas había sucumbido; al ver la aflicción de su madre y hermana, aflicción que aumentaba, porque ellas siempre habían vivido en pueblo de pacíficos labradores castellanos, tiene que tomar alguna determinación. O se queda en casa, y es un peligro para sí y para su familia, o se marcha, para que, por él, no las maltraten. Lo primero no

da esperanza alguna; lo segundo parte su corazón, porque no puede dejar de pensar en lo que queda en casa, en su cargo, y también en los peligros de la salida.

Su madre y hermana le instan para que pueda él salvarse, esperando que a ellas las dejen en paz. El, sin casi saber lo que hace, pide un vestido de paisano y sale de Barruelo.

### A campo traviesa

Vestido de paisano y aprovechando la ocasión en que la turba está lejos de su casa, a eso de las once, sale de casa; encuentra enseguida en la calle unos rapazuelos que le conocen. No todos los buenos de Barruelo han sido arrastrados al paseo triunfante de la revolución; personas que seguían en su casa, con la ventana medio abierta, ven a D. Venancio y le conocen; tienen miedo de que le detengan y quiten la vida, pero reconocen también que la huída es la única esperanza, aunque pequeña, de salvar su vida, y le encomiendan a Dios.

Penetra en una casa de buena gente, pero advierte luego que es un peligro para los de dicha casa. Sale por fin del pueblo y, al no haberle detenido, cree que no le conocen; cuando, a los pocos pasos de dejar la última casa, desde cierta distancia, le dice un hombre: «Adios, D. Venancio». Y D. Venancio se dice: «Adiós, ilusión de pasar por desconocido».



Se interna en un monte de mata baja y se separa del sendero. A la sombra de una de esas matas que, por tener hoja, le ocultan, se vuelve a mirar a Barruelo y ve con sus propios ojos lo que no podía antes creer: que el Ayuntamiento está ardiendo, perdiéndose toda la documentación, así como la del Juzgado; y que de la iglesia no queda nada: ni puertas, ni tejado, ni sacristía, ni ropas, ni, lo que más le traspasa el alma, ni altar mayor y formas consagradas.

A estos motivos de tristeza únese el recuerdo de su casa y de todos los buenos feligreses, que allí quedan.

Por si esto fuera poco, se ha sabido ya en Barruelo que el cura ha marchado, y mandan que vayan a buscarle. Cuando D. Venancio está aún debajo de la mata, ve pasar a los encargados de traerle y oye esta frase: «Por aquí ha tenido que pasar». Ve desde allí, cuando las casas lo permiten, gente enloquecida y oye sus gritos; en la perplejidad de volver a Barruelo o de caer en manos de los que le buscan, decide ir sin camino a un pueblo que dista de Barruelo unos diez kilómetros, San Martín de Perapertú, tardando ocho horas en llegar.

Ha podido aprender que en San Martín hay paz, y esto le consuela. Llega a dicho pueblo, se dirige a casa del párroco, quien le recibe muy satisfecho, porque, como sabía algo de lo que pasaba en Barruelo, temía le hubiesen quitado la vida. Pasó la noche sin que

nadie le molestase; harto le molestaba el recuerdo de lo pasado, como el recordar que al día siguiente, domingo del Rosario, en Barruelo no habría Misa ni procesión, ni culto.

Sabe ya el domingo que de Palencia han llegado fuerzas a Barruelo. Estas dispararon enseguida un cañonazo; lo oye el valiente corifeo de la revolución y dice: «Este tiro no es de los nuestros; sálvese el que pueda». Tomó él las de Villadiego y se acabó la revuelta.

Sin esperar nuevas noticias, D. Venancio se decide a volver a su parroquia, acompañado del que se presente, sea rojo o no.

### Otra vez en Barruelo

Su primera visita hubiese sido caminito de su iglesia; pero... ésta no existe. Va entonces a buscar la gente de su casa y la encuentra, no sólo con vida, sino sin haber sufrido nada. Dan todos gracias a Dios y empiezan a llegar feligreses a saludarle; no son buenos todos los que le visitan, pero a todos agradece su visita y, como si nada tuviese contra nadie, ordena la manera de que no falte el culto, ofreciéndole gustosas las Hermanas de la Caridad sus salones, y allí se tienen las misas, se administran los sacramentos, etc.

Hecho esto, va al sitio donde estaba la parroquia y lo que antes era deseo vehemente, ahora es necesidad urgente. Aunque yo no sea teólogo ni filósofo, tengo que decir que en es-

ta visita su entendimiento paciente quedó de tal manera impresionado que parecía que los sentidos no acertaban a presentar otra cosa, y el entendimiento agente no quería o no podía pensar más que en la iglesia por construir.

Ya no es desconsideración para sus predecesores decidirse a edificarla. ¡Tristemente han cambiado tanto las circunstancias!

Pero la iglesia que se edifique no ha de ser como la anterior, y ésto es una nueva preocupación, porque se necesitará mucho dinero, y, en plena república, ¿a quién pedir? ¡Si viviese aquel tan hombre grande y tan gran hombre, a quien tanto tiene que agradecer España entera, el Excmo. Marqués de Comillas...! Pero... ya no existe.

Preocupadísimo está D. Venancio, sin salida para su apuro. Empezar sin tener un céntimo, ni a hombre tan preocupado, como él, parecía bien. Llega a sus oídos que el Estado concede indemnizaciones por lo devastado en octubre y empieza su esperanza. Da los pasos que exige esta concesión y, después de no poco esperar, le conceden 40.444 pesetas. Empieza a preguntar cuanto podrá costar una iglesia que pueda llamarse iglesia de Barruelo, y pide planos; le presentan uno no desagradable y le dicen que el edificio sólo no costará menos de 80.000 ptas. Aun con esa diferencia entre el dinero con que cuenta y el coste del edificio según el presupuesto, precio que aumentará con el pago de las demás cosas necesarias, se decide a edificarla.

Por todas partes surgen dificultades; las leyes de construcción, la falta de terreno, el parecer de los compañeros, quienes le dicen que ya ha sufrido bastante y que, en tiempo de república, está expuesto a un fracaso. Nada puede torcer la voluntad de D. Venancio y, siguiendo la dirección de D. Luis Sierra, Ingeniero de «Construcciones Olasagasti», acomete la magna empresa.

### La obra en marcha

Pide obreros a la Compañía Olasagasti y con poca fiesta, porque en tiempo de república estas fiestas no agradaban, ni su bolsillo estaba en condiciones de dar pruebas de generoso, colocan la primera piedra el 5 de noviembre de 1935. Ni a los obreros, ni a nadie puede prometer llegar al fin sin suspender las obras, aunque siempre confió en que Dios le ayudaría, ya que para Dios era la obra.

En Barruelo y fuera de él se hablaba de la obra en todos los sentidos; y no pocos la juzgaban un disparate en tiempo de república. Al ver abrir los cimientos, creyéndose muchos maestros de obras, le dicen que va a ser más pequeña que la anterior. El tiene que sufrir cuanto digan y procurar no enemistarse con nadie. La Compañía de Minas, tan generosa siempre para obras en favor de Barruelo, en aquellas circunstancias estaba como las otras minas. Compárense las cotizaciones de accio-

nes mineras del 1925 con las del 1935 y se verá esto claramente.

Además ¿qué hubiese sido de cualquier propietario o jefe de las minas que, en tiempo de la república y más aún del Frente Popular, si, al pedir los obreros, con razón o sin ella, mejoras o adelantos, hubiese respondido: «no podemos daros nada, porque hemos entregado x miles de pesetas al párroco para edificar la iglesia?» Todo esto lo conoce D. Venancio y tiene que limitarse a pedir secretamente a presentes y ausentes; más aún, si vuelve otra revuelta, como la del 34, y le encuentran la lista de los donantes, éstos hubiesen tenido que sufrir, como ocurrió a tantos en terreno de los rojos durante el movimiento.

Las críticas siguen y hay quien habla de fabulosas cantidades recibidas por el párroco; otros refieren ofrecimientos hechos, no cumplidos. A D. Venancio le hacen preguntas espontáneas y estudiadas en todos los sentidos y él tiene que callar. ¡Con cuánta razón decía entonces y repetía después: «El que no sepa de disgustos, póngase a edificar una iglesia y quedará luego lleno de ellos»!

Algunas veces se reía de lo infundadas que eran todas estas críticas; decía él: «Casi todas son iguales a las de los que dicen que la nueva iglesia va a ser más pequeña que la quemada. Vean las dimensiones: la iglesia antigua tenía 14 metros de larga y 13 de ancha; la nueva, 19 de larga y 18 de ancha;

parecido suele ser casi siempre el valor y la razón de las críticas».

Ahora bien, si, ya antes de empezar las obras, la vida de D. Venancio estaba como encerrada en estas palabras: «caminito de su iglesia», desde que empezaron aquellas, ¿cuántas veces al día andaría ese camino y qué viaje haría que no fuese para su iglesia? Bien puede decirse que ninguno.

Viene el Frente Popular y las obras no se suspenden; las gentes de Barruelo y de fuera empiezan a tomar el asunto en serio y dicen que la mano de Dios tiene que proteger esta obra. Los apuros sólo D. Venancio, entre los mortales, los sabía.

Teniendo que obrar con tanto sigilo, con tanta prudencia, con tanto miedo de que el dinero se acabase, se presenta el Glorioso Movimiento Nacional y entonces, aunque han cambiado las circunstancias por completo, puesto que ya puede pedirse públicamente, ya pueden ponerse en público las listas de donantes y ya se puede esperar algo de las Autoridades, porque se precian de odiar el laicismo, por falta de hombres, de materiales y de medios de transporte, contra toda su voluntad, pero, acatando las disposiciones superiores, no tiene más remedio que abrir un paréntesis de espera.

**Suspende la construcción**

Suspendamos la historia en este capítulo

y estudiemos a D. Venancio en actividades completamente distintas.

Uno de los frentes de guerra se llama frente de Barruelo; por ello, Barruelo es bombardeado por los rojos de día y de noche. Los montes de Campóo sirven para poder salir, sin ser vistos, de los rojos, los que desean pasarse a los nacionales, y a Barruelo van a presentarse no pocos.

La figura de D. Venancio ha subido y él es el encargado de proveer de alimentos y de habitación a los que se pasen; el examen personal le hacen los militares. D. Venancio es todo caridad; así lo confiesan los que se pasaron, como se ve en el caso del Rxcmo. Sr. Obispo de Córdoba, (q. e. g. e.), D. Adolfo Pérez Muñoz.

Llega el Sr. Obispo a Barruelo sin ropas, con los pies deshechos de un viaje de varias leguas por montes espesos, sin comer. Pregunta por el párroco y, reconocido por éste, le abraza cariñosamente y le ofrece la casa con cuanto en ella hay y él mismo se encarga de servirle y ayudarle en todo; no le ofrece su ropa de sacerdote, porque no le vale. Entonces el Sr. Obispo le pregunta, si tiene algún sastre conocido en Palencia, para encargarle telefónicamente la hechura de las vestiduras episcopales; D. Venancio tiene conocido sastre de confianza. Van a dar aviso y, en el mismo instante, es llamado por teléfono el párroco de Barruelo; puesto al aparato, se le dice: «Hemos oído que el Excmo. Sr. Obispo de

Córdoba ha pasado a los nacionales; ¿está ahí? » Al contestar afirmativamente, dicen desde Palencia: «Somos amigos y admiradores de S. E., le suponemos sin ropa; mándenos las medidas, para que se la hagan aquí». ¡Oh admirable Providencia! ¡cómo no olvidas a los que te sirven! El Sr. Obispo nunca olvidó la caridad y prudencia del cura de Barruelo.

Era necesario aclarar y sancionar lo ocurrido en Barruelo en octubre de 1934 y, para ello, tenían que informar todas las Autoridades. Aquí se presenta a D. Venancio el papel más triste. El, que nunca había hablado mal de sus feligreses, se ve obligado a decir y escribir cosas graves de ellos y no buenas; ésta fué su prueba más dura, pero procura que, con la verdad en la exposición, vaya también la petición de indulgencia. Cuando sabe que se fusila a alguno de Barruelo, las lágrimas le brotan y es todo caridad y solicitud para que mueran arrepentidos.

Una tarjeta de D. Venancio tenía un valor insuperable; así lo dicen los que a Barruelo llegaron.

Preguntará alguien: «¿Cómo aquel cura de parroquias tan pequeñas, de aspecto de cura rural y nada más, ha llegado a ser una figura importante, un hombre de prudencia extraordinaria, de trato tan estimado y capaz de tantas cosas, como vemos que hace?»

El Médico, de quien se habló más arriba, te dirá: «No mires, ni busques hombres de gran porte, de gran posición, ni de mucho di-



nero, si quieres hacer o que te hagan cosas grandes, buenas y prudentes; busca quien tenga educación e ilustración y, sobre todo, virtud; ese lo hará todo bien».

¡Oh venerables párrocos rurales que, en pueblos tan insignificantes, conservais la educación e ilustración adquirida en el Seminario y habeis sabido adquirir la virtud de párroco, que encierra todas las virtudes! En esos pueblecillos sois dignos de envidia, porque valeis para más y, sobre todo, porque, con vuestras virtudes y trabajos tan discretos, gozais del cariño de vuestros feligreses, de la amistad de vuestros compañeros y de la benevolencia de vuestros Superiores, de los que, si casi nunca teneis que dirigiros a ellos, ni visitarlos, tampoco recibís reprensión alguna!

¡Cuántas veces cada día iría en este tiempo D. Venancio caminito de su iglesia y cuántas veces pensaría en ella! ¡a cuántos hablaría de ella y a cuántos pediría ayuda económica!

Queda libre de rojos Santander y ya puede tener algunos hombres a su disposición, con los cuales volver a su empresa.

### Se reanudan la obras

Arrojado de España el laicismo (¡y quiera Dios que no vuelva!), ya puede hablar y pedir sin peligro. Ya miran todos la iglesia como cosa propia, y dan ánimos y dinero a don Venancio, para que siga adelante. Y, en efecto,

el edificio, pero sólo el edificio, ya llega a su fin.

Tienen una imagen de Nuestra Señora del Carmen y quieren todos que se bendiga e inaugure cuanto antes. Que la inauguración sea solemne, invitando al Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos, el cual gustoso atiende la invitación y lleva un acompañamiento digno de él y de la nueva iglesia: tres canónigos, D. Antonio Alonso, D. José P. Muñoz (hermano del Sr. Obispo de Córdoba) y D. Pedro Riaño que predica en la fiesta. Esta tiene lugar el día 5 de setiembre de 1938. Todos dicen que fué la fiesta más completa y más alegre de Barruelo.

Pero estaba hecho el edificio únicamente, y, en una parroquia ¡cuántas cosas son necesarias! D. Venancio lo sabe y el mismo Sr. Arzobispo, después de abrazarle y darle la enhorabuena, le dice: «Has edificado la iglesia; complétala, adquiriendo imágenes, altares y ornamentos».

Al finalizar el primer año, ya presenta don Venancio un inventario de ropas y enseres, como el de la parroquia mejor dotada, y, al terminar el Movimiento, puede regalar a las parroquias devastadas, tantas ropas, cálices y otros enseres, como la parroquia más rica.

Hecho lo relatado y tanto más que hay que omitir, tan entretenido en llenar su iglesia, salen nuevos trabajos para D. Venancio.

## Habilitando templos

A la iglesia de Barruelo le vino la desgracia en 1934; pero a las de Brañosera, Salcedillo, Cillamayor y Bervios, del mismo Arciprestazgo, les llegó durante el Movimiento, quedando inservibles para el culto.. El Sr. Arzobispo, conocidas sus aptitudes, le da carta abierta para que las arregle, y él, a tratar de nuevo con operarios, a hacer continuas salidas, a presentar a los Superiores explicaciones de lo hecho y de lo que se debe hacer y... a recibir nuevos disgustos.

Sin escatimar gastos personales y sin ponerlos en la cuenta de las iglesias, deja las cuatro útiles. Los párrocos contentísimos, porque sólo han tenido que cumplir las órdenes de su Arcipreste.

Quemada la casa del Ayuntamiento de Barruelo y, por tanto, los archivos del Juzgado, todas las partidas de nacimiento, matrimonio y defunción tienen que ser expedidas por el párroco, y ésto en una parroquia de 6.000 almas, no de labradores asentados en el pueblo, sino de gentes obligadas a salir y buscar trabajo donde le encuentren.

Tantos afanes no impiden que D. Venancio se prepare para un nuevo concurso de parroquias, en el que, siguiendo consejos de quienes bien le querían, toma parte. Aprueba y no le dan nueva parroquia y él sigue el mismo, deduciéndose de su actitud que, con entrar

a concurso, sólo deseaba ponerse a disposición de sus Superiores. Nadie le notó contradicción, y su vida siguió siendo caminito de su iglesia, tratando de deshacerse por Dios, por su iglesia de Barruelo y por los feligreses de Barruelo.

Los grandes acontecimientos durante la república y el Movimiento habían producido convulsiones extraordinarias en las personas; era, pues, necesaria una medida eficaz y ninguna mejor que una Misión general. También pedía la nueva iglesia unos actos de particular fervor y de interior renovación; lo propone D. Venancio y, acogida con alegría universal la idea, no faltan ofrecimientos económicos y de todas clases. Se tiene la Misión en la Cuaresma de 1945, quedando todos muy contentos de ella, y no menos los tres Padres Dominicos encargados de la misma.

De cómo seguía caminito de su iglesia es prueba convincente el que estuviese allegando fondos para un artístico Comulgatorio y un Paso para Semana Santa.

¡Tanto puede hacer un sacerdote que se levanta siempre con luz artificial, que estudia diariamente, que es el primero en entrar en la iglesia y el último en salir de ella, que prueba su amor a los pobres, dándoles mensualmente no menos de cien pesetas, y llegando en 21 años a las 25.000! Añadamos las 15.000 dadas para hacer la iglesia, y suman todas 40.000. Así no es extraño que muriese pobre.

## Fin propio de tal vida

No como único motivo, pero sí como parte muy principal, tenemos que considerar a la revolución de Octubre como causante de la muerte de su madre, que ocurrió el 18 de Octubre del mismo año. Los trabajos tan abrumadores que sobre él pesaban, los disgustos y malos ratos de vida tan agitada como la suya, el clima y la atmósfera de Barruelo, donde todo es carbón, tenían que minar su naturaleza y, a principios de marzo de 1946, se sintió enfermo. Expone su estado al Médico, quien le dice que padece de agotamiento de fuerzas, por exceso de trabajo. Obedece unos días, trabajando menos, pero llega la Cuaresma y vuelve al trabajo. Todos notan el progreso de su sufrimiento, pero él puede celebrar todavía el primer día de Pascua, teniendo que suspenderlo todo.

Se avisa a su hermano el Párroco-Arcipreste de Villadiego, y convienen en ir a Valladolid a consultar. En Valladolid les dice el Doctor que la gravedad iba aumentando por momentos. Así lo ve el enfermo, pidiendo vayan a su lado la hermana y sobrina que quedaron en Barruelo. Pide que le visite un Padre Jesuita de San José, con quien se confiesa y cuya visita sigue recibiendo con gusto. Manifiesta deseos de ir a Barruelo para recibir allí solemnemente el Santo Viático, y llegan el día 7 de mayo. Pide enseguida que

venga un Padre Dominico de Montesclaros, con quien vuelve a confesarse. Acuden los párrocos del Arciprestazgo, a los cuales dice que «veía se aproximaba el cumplimiento de lo que siempre había pedido a Dios; —morir como víctima en el cumplimiento de su deber—y tenía que predicar su última plática». Imposible referir la solemnidad y fervor del acto; pero su salud no le permite hablar.

Pide él mismo la Santa Unción y entonces, rodeado también de gente, pide perdón y perdona a todos, ofrece de nuevo sus sufrimientos por la salvación de la parroquia, se despide uno por uno de familiares, coadjutor, Autoridades, Médico, etc., pide le lean la recomendación del alma, ordena al coadjutor celebre la Misa de agonizantes y, repitiendo jaculatorias, expira con la palabra *Jesús* en los labios.

Al llegar aquí, que las lágrimas y los deseos de imitarle en todo se encarguen de lo que yo no haya dicho o haya dicho mal.

### Una mirada atrás

Fácil será a cualquiera deducir de lo escrito que la vida de D. Venancio fué vida verdaderamente espiritual; pero no creo exceder y sobrepasar la obligación del cronista, si expongo algo de su vida que pruebe que tales hechos son debidos a tal vida y que, por lo mismo, son indiscutiblemente suyos propios, presupuesta siempre la gracia y ayuda de Dios.

Parece que también él tenía empeño en

que no se publicasen sus obras y sus condiciones, no pudiendo encontrar en lo referente a sus particularidades, más que dos papelitos, ordinarios, en los que tenía escritos a lápiz datos de partidas, por lo que hace suponer que se los llevaba consigo, para, queriendo o sin querer, leerlos varias veces al día.

Aquel continuo y silencioso trabajo de sus primeros años en las pequeñas parroquias, así como después, estando preparado para hacer concurso con tantos trabajos como tenía en Barruelo, nos lo explican las breves frases: «*Studio Theologiae vacare.*—Me acostaré no después de las doce y me levantaré no después de las siete».

Con su carácter reservado parece que podría explicarse su manera de ser silenciosa y hasta enemiga de que sus obras se publicasen; sin quitar nada a su carácter, supo dar valor particular a este su proceder; pues dos veces dice: «En honor de Jesucristo y su Santísima Madre» y otra vez añade: «Nada haré para mi propia alabanza; todo para honor de Dios».

Aquel guardar tanto silencio, cuando en las obras de la iglesia sufría tantos apuros pecuniarios y cuando tantas cosas, hasta desagradables, se decían de él; aquel no manifestar distinción entre unos feligreses y otros, después de haber tenido que abandonar a Barruelo, era diariamente alimentado con la lectura de las siguientes líneas: «Nunca de otros y particularmente de los enemigos hablar mal;

nunca fijas tu atención en las cosas que en otros te desagradan; nunca te enfades, sobre todo, si son de condición humilde. Sé humilde y ni te irrites con las ofensas, ni te alegres con las alabanzas».

La repetición de aquella frase: «Háganse con orden todas las cosas», y aquella otra: «Sé ecuánime lo mismo en la prosperidad que en la adversidad», servían para lo mismo. Aquel repetir «Sé humilde», nos dice que su carácter no era suficiente y que eran necesarias ayudas sobrenaturales.

Para merecer cariño y respeto con su trato, le preparaban las advertencias tan útiles a todo el que tiene cura de almas: «No hacer las cosas alborotada sino tranquilamente; no mezclarse en asuntos ajenos al ministerio; lo de fuera amarga la vida; mejor que hacer muchas cosas, hacerlas bien; jamás mentir».

A todo Párroco, y más aún a todo Arcipreste, se presentan urgentes ocasiones de corregir, y en tales casos se encuentra suma dificultad en conservar la serenidad. D. Venancio tenía para entonces, además de lo general ya apuntado, la sentencia siguiente: «Corrección, cuando sea necesaria, tras diligente examen, con caridad».

Para la lectura de periódicos tenía el siguiente aviso: «Tendré diariamente brevísima lectura de periódicos».

Tantas limosnas como hizo, parecerá a alguien extraño el que no se encuentre en las notas algo relativo a favorecer a los pobres;



pero no hay que olvidar que las limosnas llevan consigo un gran peligro de vanagloria, y de este peligro hemos visto cuánto empeño ponía en librarse.

### Para la vida de su espíritu

En lo estrictamente espiritual le servía de despertador una serie de notas, con que empiezan y terminan estos dos papeles, no faltando entre las ya mencionadas para dar a entender que esto es lo más principal.

«Meditación cotidiana por media hora; lectura espiritual; rosario; visita al Santísimo; Oración cotidiana, siempre, devota y antes que todo lo demás; Misa con preparación y acción de gracias, por media hora».

«En todas las cosas debo considerar a Dios presente; debo mirar ante todo por mi salvación, después por la de los demás; conservaré durante el día el espíritu de oración con frecuentes jaculatorias».

La última nota lo dice todo: «La llave, el examen; no se haga rutinariamente, sino con espíritu de Fé».

Al leer los últimos días y últimas disposiciones de su vida, pudiera entender alguien que toda su ocupación, todos sus buenos deseos eran para la parroquia y solamente para sus feligreses, aplicándose aquí completa y exclusivamente el título de esta semblanza: CAMINITO DE SU IGLESIA. Nada más ajeno a su pensamiento y vida que esta tan desca-

rriada aplicación en cuanto tenga o se acerque a la exclusiva. Sabía él bien que un párroco, tanto tiene de buen párroco cuanto tiene de buen sacerdote; que pasar la vida trabajando por la salvación de otros y no preocuparse de su salvación, no es de cuerdos.

En esos pequeños apuntes repite el remedio para no caer en tal desatino, diciendo: «Atiende primero a tu salvación y después a las de los demás». Entre los otros, el primer lugar corresponde a sus feligreses; por eso, se preocupa tanto de ellos.

Termina uno de estos, al parecer, insignificantes papeles: «Os pido mi salvación y la de la parroquia y dos gracias temporales: mi traslado a otra parroquia, donde más fácilmente me salve...»; la segunda nos la deja para que la adivinemos y ese mismo encargo doy a los lectores.

### Un juicio exacto

Esta opinión se verá confirmada con el juicio que de él tenía y tiene formado el M. I. Sr. Secretario del Arzobispado:

«Si la caridad es el centro de toda perfección cristiana, de manera singular, si cabe, es la sustancia de la vida sacerdotal, y la expresión de la misma en los ministerios del Párroco, principalmente con los enfermos, pobres y desvalidos, es el mayor atractivo de las almas, el medio más eficaz de apostolado. En los feligreses más necesitados ve el sacerdote.

más claramente la imagen de su Divino Redentor.

»Tal fué el distintivo de la vida de D. Venancio. Los mineros de su parroquia y, entre estos, de modo especial los enfermos que visitaba diariamente con cariño paternal, eran objeto de su predilección. Nunca entraba en albergue humilde sin dejar, de manera escondida casi siempre, su limosna acompañada del consuelo espiritual.

»Conducta tan ejemplar suavizaba ante sus hijos el continente menos afable propio de un carácter fuerte como el suyo. Pocas veces entreabrió sus labios a la sonrisa. No era muy dulce en la forma, pero sus obras delataban un corazón grande, de apóstol.

»A levantar al mundo de la miseria del pecado, de la ignorancia, de la abyección, dirigió todo el celo de su vida sacerdotal, y esta es la obra de la Redención. Por esto hizo carne y vida propia el ideal de Jesucristo Nuestro Señor: «Evangelizare pauperibus misit me». Burgos, 10 de abril de 1947.—*Buenaventura Díez y Díez*.—Canciller-Secretario».

### En Barruelo y con Barruelo

La vida de D. Venancio en Barruelo había adquirido, en la parroquia y en todos los pueblos del Arciprestazgo un prestigio muy grande; sus obras todas y, principalmente, la edificación de su iglesia, así como la reparación

de las otras cuatro, obligaban a que todos hablasen de él y le conociesen.

Su entierro tenía que ser un acontecimiento, como en efecto lo fué, no habiéndose visto en Barruelo tanta aglomeración en entierro alguno. Además, todos pedían que fuese enterrado en la nueva iglesia. Al no ser esto posible, todos deseaban y desean que a ella sean trasladados sus restos cuanto antes.

Cumplió en Barruelo y con Barruelo, como un sacerdote ejemplar que no olvidarán los que le conocieron.

¡Qué buena lección también para los sacerdotes! Fué hombre de trabajo, hombre de paciencia y, por tanto, de prudencia. No fué hombre de ilusiones, ni de aspiraciones; se contentó con ser hombre de ocasiones, ante ninguna de las cuales sucumbió, por graves y difíciles que fuesen. Procediendo así, es como más segura se tiene la ayuda de Dios.

De esta manera procede con la última ocasión: la muerte. No la teme; antes la acepta resignado; se prepara para ella, y la ofrece por lo que expresa el título de esta Semblanza: por los feligreses, por la parroquia y a Dios. Esto es su iglesia para el párroco; el edificio que debe adornar y conservar. Los feligreses, iglesia sin feligreses, tristeza continua. Dios que elige la iglesia, como continua y particular habitación.

Bien podemos, pues, decir que la muerte de D. Venancio fué el último viaje que hizo

CAMINITO DE SU IGLESIA.

**COMO EL MAESTRO**

COLORED BY MASTIKO

## Pagando una deuda

**E**N nuestro deseo de ofrecer a los lectores de **Semblanzas Sacerdotales** el prometido folleto de 64 páginas, pensamos que podríamos completar las precedentes con las de una edificantísima relación, publicada años atrás en *El Mensajero del Corazón de Jesús* (Mayo 1943) bajo el título de «El martirio de un sacerdote español».

Mas, como no nos creíamos autorizados para tomarla de allí por nuestra cuenta y riesgo, escribimos a su Director, el Rvdo. Padre José Julio Martínez, S. J., el cual, no sólo se apresuró a complacernos, sino que llevó su amabilidad hasta remitirnos el recordatorio del hermano ejemplarísimo y otras cosas interesantes para nuestro objeto.

Por eso, estas frases con que abrimos la breve, pero magnífica *Semblanza del joven Sacerdote mártir*, al mismo tiempo que han de servir de introducción explicativa de aquélla, queremos que sean el pago de una deuda de gratitud a dicho Padre por el insigne favor que nos ha dispensado con autorizar la reproducción de tan edificante relato en estas páginas.

Vitoria, 11 de Junio de 1948.

LA DIRECCIÓN DE «SEMBLANZAS SACERDOTALES».

---

MEMORANDUM FOR THE RECORD

The purpose of this memorandum is to provide a summary of the information received from the various sources regarding the activities of the group during the period from January 1, 1954, to December 31, 1954. The information was obtained from the files of the various offices and from the reports of the field offices.

The information received from the various sources indicates that the group has been active in the field during the period covered by this memorandum. The activities of the group have been primarily in the nature of the collection of funds and the recruitment of new members. The group has also been active in the dissemination of its literature and in the organization of public demonstrations.

The information received from the various sources also indicates that the group has been successful in its efforts to collect funds and recruit new members. The group has also been successful in its efforts to disseminate its literature and to organize public demonstrations.

The information received from the various sources also indicates that the group has been successful in its efforts to collect funds and recruit new members. The group has also been successful in its efforts to disseminate its literature and to organize public demonstrations.



## Comarca del Panadés

X es una villa de 2.000 habitantes, cuya industria principal es la elaboración del vino.

Desde hace muchos años esta villa era notable por el relajamiento de sus costumbres y por su hostilidad contra Dios y su Iglesia. Hostilidad organizada y reglamentada. Muchas familias habían firmado un documento por el cual se comprometían a no tener relación con ningún sacerdote y a nunca usar de su ministerio. Sólo cuatro hombres asistían a la Santa Misa el domingo.

El señor Obispo, viendo tanta miseria acumulada, eligió para párroco a un sacerdote joven, santo y celoso, que condujera las ovejas extraviadas al redil del Pastor.

El 8 de agosto de 1934 don José María Escoda entraba en esta parroquia; tenía treinta y cuatro años. Encontró una iglesia muy grande, llena de riquezas que los siglos habían acumulado, pero vacía de hombres, de jóvenes y de niños.

Hacía cuarenta años que unas religiosas di-

rigían allí un pensionado, pero su influencia parecía nula.

Era imposible al nuevo párroco acercarse a las familias, imposible hablar de Dios a sus feligreses. ¿Qué hará? Más tarde me decía él mismo cómo oraba al divino Maestro y con qué grande insistencia le pedía la salvación de su parroquia.

Y la pedía por medio de la Virgen María, a la que profesa una devoción íntima y filial. Celebraba sus fiestas con el gozo del niño que está con su madre, y le consagraba una pureza y una modestia ejemplarísimas. A la súplica por sus feligreses unía la penitencia. Guardaba rigurosamente los ayunos de la Iglesia; y cuando le decía que debía comer más por estar muy flaco, respondía invariablemente: «Es necesario que el párroco se mortifique para la conversión de tantos pecadores».

### Nuestra fuerza

Cuando fui ordenado sacerdote, tuvo la amabilidad de pedir al señor Obispo que yo fuese su vicario.

El 13 de julio de 1935 llegué a X. Me recibió con los brazos abiertos, me acompañó ante el Santísimo, y enseñándome el Sagrario: «Ahí está nuestra fuerza», me dijo. En seguida me explicó sus deseos ardientes y sus planes de apostolado.

El trabajaría y rezaría particularmente por

una parte de la parroquia y yo por la otra, ocupándome principalmente de los hombres, de los jóvenes y de los niños.

Muchos de estos últimos venían todos los días a la casa parroquial; después de haber asistido al catecismo se quedaban para leer y jugar hasta la hora de comer.

Yo veía allí el espíritu de sacrificio de mi párroco. Su mayor contento era estar entre ellos para llenar sus almas de Jesús, a fin de ponerlos en estado de resistir a los malos ejemplos de sus padres y de sus compañeros. Al cabo de un mes, habiendo sobrepujado dificultades humanamente invencibles, obtuvimos que cuatro jóvenes de veinticuatro años consintiesen en venir por la tarde para asistir a un círculo de estudios, a condición de que no se les hablase nunca de Dios ni de religión. Consulté con don José María, para saber qué actitud adoptar. Su respuesta fué: «Acepte y rezaremos».

Pasados tres meses, los jóvenes que habían entrado en esas condiciones era veintitrés. La víspera de Navidad de 1935, sin ninguna presión por nuestra parte, todos expresaron el deseo de asistir a la Misa del gallo y comulgar en ella.

Hacia muchos años no se había visto en esta villa que los jóvenes se acercasen a la sagrada Mesa. ¿Qué hacer? No sabían ni el Padrenuestro, ni *Dios te salve, María*, ni nada de los sacramentos. Casi todos no habían comulgado más que una vez en su vida a los

siete u ocho años. El párroco resolvió satisfacer sus deseos.

### Soplo de vida

Esta segunda Comunión fué para estos jóvenes el principio de una existencia completamente cristiana, y desde entonces vivieron en sus cuerpos y en sus almas la vida de Jesús, la gracia santificante. Asistían todos los domingos a Misa, y algunos lo hacían al precio de sacrificios verdaderamente heroicos a causa de la gran oposición de sus padres.

En presencia de todos y a pesar de los numerosos obstáculos, se mostraban cristianos en todas sus acciones y se sentían ufanos de llevar este título. ¡Qué consuelo para el corazón del sacerdote contemplar la obra de la gracia en sus almas!

Eran los jóvenes más felices del lugar—afirmaban ellos mismos—; y no podían comprender cómo habían pasado tantos años sin conocer a Jesús. Se penetraron tanto de este espíritu cristiano, que llegaron a ser verdaderos apóstoles. Su deseo ardiente era comunicar su felicidad a sus padres y a los otros jóvenes, que estaban sumergidos en la mayor miseria moral. En la calle, durante su trabajo, en sus conversaciones, su objeto constante era llevarlos a Jesús.

¡Con qué gusto iban al Sagrario para decir al Huésped divino lo que habían hecho por sus compañeros! Un día encontré a dos

delante del Santísimo y les pregunté cómo hablaban con Jesús y qué le habían pedido. Uno de ellos me respondió: yo hablaba alto para que mi compañero lo oyese, y decíamos a Jesús: «Te pedimos que nuestros padres te amen y nuestros compañeros te conozcan». ¡Ingenua y sublime oración!

Cada vez que algún otro joven consentía en venir al círculo, ¡con qué alegría le acompañaban a la casa parroquial! Imposible para mí hablar de Dios a los recién venidos, porque ellos mismos ponían esa condición; pero los otros jóvenes emprendían la tarea de iluminar sus almas poco a poco, hasta que ellos mismos, libremente, pedían al sacerdote ayuda y orientación para salir del abismo en que su ignorancia les había sumergido. La Semana Santa llegó, y todos participaron de las solemnidades de la parroquia. Durante el tiempo que Jesús estuvo en el monumento, hacían su vela ante el altar, pero antes nos preguntaban cómo se hablaba con Jesús en estos días.

### El secreto

Todos estos jóvenes dieron sus nombres a la F. J. C. (Federación de Jóvenes Católicos).

¿Cómo explicar este milagro de la gracia?

He aquí el secreto:

Mientras nosotros estábamos en el círculo de estudios, el cura, abismado en oración delante del Santísimo, imploraba la conversión de estos jóvenes. Aún lo recuerdo arrodillado

sobre el pavimento, inmóvil, sus ojos fijos en el Sagrario y sus manos juntas sobre el pecho. Así continuaba hasta la una o las dos de la madrugada.

La obra de la gracia era tan visible, que yo notaba la diferencia del éxito del círculo de estudios, cuando, teniendo otras ocupaciones, no podía entregarse a su adoración nocturna y habitual. Más tarde veremos que la organización de este grupo de jóvenes fué la primera acusación de los anarquistas en el momento de la muerte.

A las conferencias ateas oponía las conferencias católicas; a las persecuciones y a las injurias la mayor caridad, hasta el punto de amar con predilección a los que más le odiaban.

He aquí entre muchos otros un ejemplo que puedo citar: Un hombre, que le había injuriado varias veces en la calle y cuyos hijos no estaban bautizados, cayó gravemente enfermo de un tifus tan malo, que ni sus vecinos, ni nadie de su familia quería socorrerlo, y su mujer se encontraba sola para cuidarlo en la mayor pobreza. Desde que el párroco lo supo, me ordenó ir a casa del enfermo para ofrecerle que nosotros le cuidaríamos, él durante la noche y yo durante el día. Su necesidad extrema hizo que aceptara nuestros servicios.

Desgraciadamente no había vuelto aún a casa para comunicar a mi cura este resultado, cuando los ateos se presentaron al enfermo

con el nefasto documento y le obligaron a retractar su aceptación.

### Entre injurias

¡Cuántas veces, pasando por las calles, oía yo que nos injuriaban con palabras tan odiosas que no es posible escribirlas, hasta el punto de que los niños nos apedreaban, mientras sus padres les miraban complacidos!

Mi pena llegaba al colmo cuando llevaba públicamente el Santísimo a los enfermos, como es costumbre en España, y hombres y mujeres injuriaban con palabras y a veces con obras al Señor y al sacerdote. Sin embargo, era imposible llevar el Viático sin solemnidad, porque esto hubiera sido considerado en el pueblo como una cobardía, y era preciso mostrarse siempre más valiente que los anarquistas.

El martes de Carnaval de 1936 hicieron parodias sacrílegas de la Eucaristía por las calles. Pero no sintiéndose satisfechos, entraron en la iglesia misma.

El Sacramento estaba expuesto y yo en el púlpito. Un joven entró en la iglesia, subió hasta el altar; y señalando la Hostia consagrada, pronunció una blasfemia. Otro penetró en el templo durante el sermón, y gritó al predicador: «Todo lo que dice es una gran mentira».

Para evitar estos cuadros, cuando un sacerdote predicaba, otro debía vigilar a la

puerta. ¿Qué hacía el buen pastor ante tales espectáculos? Orar y trabajar por su querida parroquia.

### ¡Pedía el martirio!

No perdía un momento, y no pedía nada para sí, dando todo a los otros. Los días más felices de su vida eran los que más había sufrido. Un mes antes de salir yo de su parroquia, una denuncia calumniosa me obligó a comparecer ante un tribunal. Me felicitó y vino conmigo para tomar parte en esta prueba.

Al volver, yo estaba triste; me censuré esta tristeza, inconcebible para él, que vivía únicamente vida de fe.

Veía tan difícil la salvación de su parroquia, que para obtenerla ofreció su vida. ¡Con qué insistencia pedía la gracia del martirio!

«Cuando vengan los anarquistas—decía—no me esconderé ni me marcharé: los esperaré para entregarme a ellos. Todos los días ruego a Jesús que me ayude con su gracia para resistir, pero Jesús aún no me ha querido». Entonces no comprendía yo ese deseo...

El 25 de junio de 1936 recibí el nombramiento de vicario de V. Fué necesario separarnos. Tenía para él no solamente respeto, sino también un afecto filial, acompañado de admiración.

Reunió a los jóvenes, y me hizo una fiesta de despedida. Ese día yo les revelé el secreto de su conversión. Me acordaré siempre de las



palabras que me dirigió delante de ellos, y cómo con lágrimas me pedía que fuese todos los días de mi vida un sacerdote santo y celoso.

Un joven recientemente ordenado, me reemplazó en el cargo de vicario. Lleno de celo empezó así su vida sacerdotal, que había de durar sólo un mes.

## Te Deum

Llegó el 19 de julio de 1936. La multitud asaltaba y quemaba; los sacerdotes y religiosas eran conducidos a la muerte.

El martes, 21 de julio, sin tocar las campanas, don José María empezó la Misa a las siete de la mañana: asistían solamente las seis religiosas de la parroquia.

Los rojos se presentaron en la sacristía, y el vicario les preguntó qué deseaban. «Queremos ver a tu amo», contestaron.

El vicario comunicó la orden al cura que había consagrado ya.

«Estoy pronto, cuando ellos quieran; preguntételes si puedo terminar la Misa».

La respuesta fué afirmativa. ¡Con qué fervor debió de terminar su última Misa el que parecía un serafín cuando subía al altar!

• Y recibió su Comunión, su Viático. El vicario y las religiosas comulgaron seis o siete veces para consumir todas las hostias.

El mártir entró en la sacristía recitando en voz alta el *Te Deum*, con el rostro resplan-

deciente de alegría. Saludó a la cruz, dejó el cáliz sobre la mesa y, revestido con los ornamentos sacerdotales, se arrodilló en medio de la sacristía. Allí, con los brazos en cruz, dijo a los anarquistas que consumasen su martirio.

Ellos se turban ante tanta fortaleza; y titubeando le mandan que se quite los ornamentos. ¡Con qué amor los besa!

Le obligan, lo mismo que a su vicario, a quitarse la sotana y fuerzan a las religiosas a dejar el hábito. Así los conducen a casa de una familia, la cual responde con su vida de que ninguno de los prisioneros se escape.

Al poco rato oyen el clamoreo de la multitud que entra en la iglesia y en la casa parroquial. Oyen cómo derriban de lo alto del altar la estatua de Santa María de Gaya, patrona de la parroquia, y el santo cura, que hasta entonces había sostenido a los otros, siente tal peso de dolor, que intenta salir para ir a la iglesia, pero cae desmayado, diciendo: «Ellos destruyen y queman mi iglesia; yo debo morir defendiéndola».

Al cabo de una hora había vuelto en sí y volvió a ser el sostén de todos. Sus ojos y su rostro reflejaban una paz y una serenidad incomparables.

### La última comida

Ni el clamoreo de las turbas, ni las llamas sacrílegas que iluminaban siniestramente la

villa turbaron su espíritu, dirigido continuamente a Dios. En adelante su boca sólo se abrió para hablar del cielo, pero en términos tan conmovedores que todos los que le oían deseaban el martirio. Tanto él como las buenas religiosas, como los niños de la casa, insistieron mucho para que el vicario huyese, pero éste respondía: «Lejos de usted temo que me falten las fuerzas necesarias para sufrir el martirio; a su lado lo espero y lo deseo ardientemente».

El jueves, 23 de julio, supo don José María que los anarquistas querían matar a todos los de aquella casa, y mandó preparar la cena como para una fiesta; él mismo se ocupó de todos los detalles.

Antes de cenar los exhortó a que recibiesen el Sacramento de la penitencia. El mismo se confesó con el vicario, luego empezó a servir a la mesa, hablando sólo del cielo que se acercaba: «Es la última comida que tomaremos en la tierra; la otra será eterna en el cielo. Mañana o pasado mañana, en esta hora contemplaremos la hermosura de Dios».

Sus palabras eran tan sublimes que todos estaban alegres, deseando y pidiendo a Dios la gracia del martirio. El viernes, 24, los rojos se presentaron, golpeando con fuerza la puerta, y ordenaron que el cura, el vicario y las seis religiosas subiesen a un camión descubierto que se dirigió hacia la plaza principal del pueblo, donde estaba reunida una gran multitud.

Pasaron delante de la casa parroquial y de la iglesia profanada y destruída, donde ondeaba la bandera roja y negra en lo alto de una pared. Llegando a la plaza el camión se paró, para que la multitud tuviese el placer de injuriar a los sacerdotes, viéndoles en compañía de las religiosas.

Un día, cuando yo era vicario suyo, me había dicho que un insulto de esta especie le ocasionaría más pena que todos los martirios; y tuvo que pasar por esta prueba...

Los prisioneros fueron llevados a X, donde permanecieron dos horas en la Alcaldía; luego se dirigieron a Villafranca del Panadés, y allí los encerraron en una prisión, donde encontraron a un joven sacerdote ordenado en 1934. Oraron toda la noche.

### Sentenciados a muerte

Llegó la mañana del 25 de julio de 1936, fiesta del Apóstol Santiago, Patrón de España. Los anarquistas fueron a la prisión, y con mil burlas e injurias, uno de ellos leyó un papel con las sentencias de muerte:

*El camarada José María merece la pena de muerte porque en su parroquia tenía un grupo de jóvenes y les permitía reunirse en la casa parroquial. Merece otra pena de muerte porque mientras el tiempo que estuvo en N. alborotó a los habitantes. El camarada Angel (el vicario) merece la pena de muerte porque sabemos es sacerdote. El camarada Jaime Bo-*

*lada merece la pena de muerte porque es evidente que es sacerdote. El Tribunal Popular ordena la ejecución inmediata de estas sentencias.*

El santo cura hizo sobre el que leía la señal de la cruz y levantó su mano para bendecir por última vez a sus compañeros, diciendo: «Nos vamos al cielo; dentro de un momento veremos a Dios. Ahora de todo corazón perdono a todos».

Con paso firme y con el rostro reflejando alegría, los ojos fijos en el cielo y las manos cruzadas en el pecho, siguió a los anarquistas. Su vicario y el otro sacerdote acompañaban rezando. Su deseo ardiente iba a cumplirse. El buen pastor, imitando a su divino Maestro, ofreció su vida por sus ovejas, y Dios aceptaba su sacrificio.

Las religiosas oyeron las detonaciones. Sus cuerpos fueron enterrados y sus almas triunfan en el cielo.

### Fisonomía de su espíritu

Interrumpimos aquí la emocionante narración, para destacar algunos rasgos de nuestro mártir (ya referidos antes), que manos piadosas espigaron en aquélla para reproducirlos en el sencillo recordatorio del «Rvdo. don José M.<sup>a</sup> Escoda Cedó, Párroco Regente de Villarrodona, que murió gloriosamente como mártir del Señor, en Almunia (Comarca del Panadés), el 26 de julio de 1936».

*Alma de oración.*—Pasaba largos ratos arrodillado al pie del altar, inmóvil, sus ojos fijos en el Sagrario, y sus manos juntas sobre el pecho, y así permanecía hasta entrada la noche.

*Su devoción a la Santísima Virgen.*—Era íntima y filial; celebraba sus fiestas con un gozo semejante al de un niño que está con su madre, obsequiándola de un modo especial los sábados y en las festividades a Ella consagradas.

*Su pureza y modestia.*—Eran ejemplarísimas; muchas veces se le oía decir que el sacerdote no sólo debe ser casto, sino parecerlo.

*Su gran placer.*—Estar con los niños para llenar sus almas de Jesucristo y derramar su caridad con los pobres y los enfermos, repartiendo muy en secreto sus limosnas, y los visitaba con gran amor y delicado trato.

*Su conversación.*—Versaba siempre sobre su amada Parroquia, ya que su obsesión, su única obsesión era la recristianización de aquellas almas. «Hemos de forzar a Jesús—decía—para que reine en esta Parroquia»; para eso ofrecía su vida y pedía con insistencia la gracia del martirio. «Cuando vengan los anarquistas, decía, no me esconderé ni marcharé de la Parroquia, sino que esperaré con la gracia de Dios».

*Su espíritu de mortificación.*—Era severo en la observancia de los ayunos de la Iglesia y, cuando alguna vez se le llamaba la atención

sobre este punto, contestaba invariablemente: «Conviene que el Párroco se mortifique para la conversión de los pecadores».

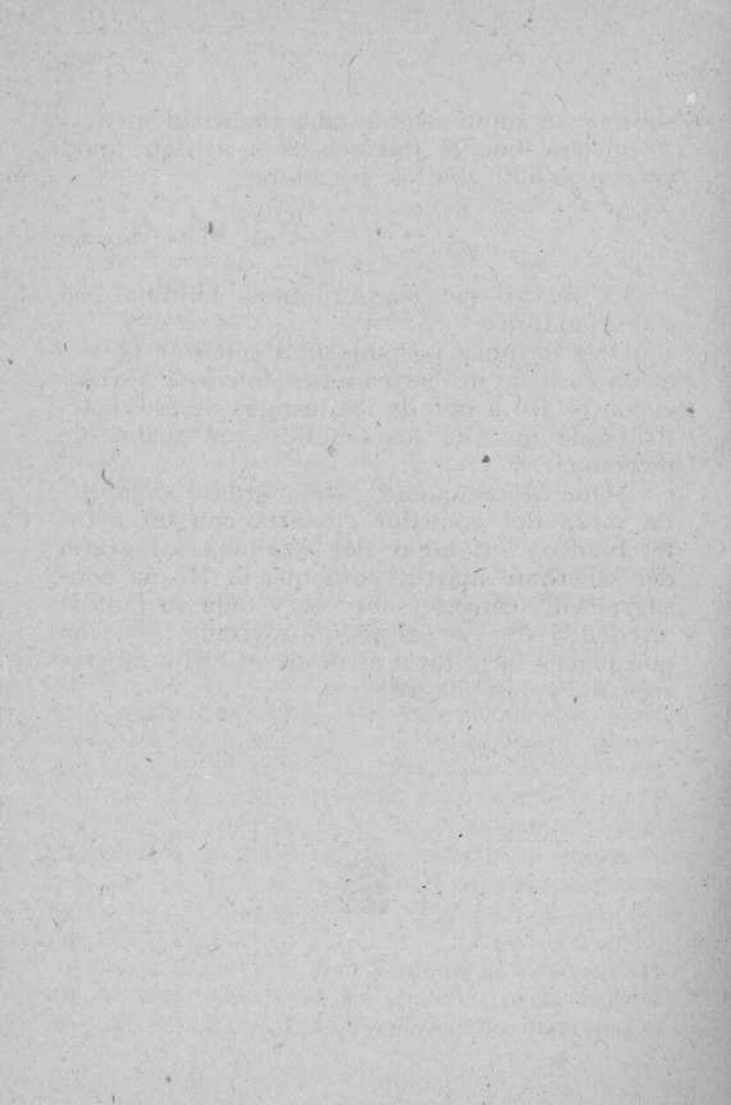
### Una Misa singular

El relato que transcribimos, termina con estas palabras:

Días después yo pude ir a celebrar la Misa en casa de un hermano de don José María; encontré allí a uno de los testigos de este martirio que me dió los detalles que acabo de mencionar.

¡Qué Misa aquélla! Me acordaré siempre: La mesa del comedor cubierta con un mantel blanco; en lugar del Ara una fotografía del sacerdote mártir, para que la Hostia consagrada descansase sobre él, y toda su familia alrededor de ese altar improvisado... ¡Con qué placer la miraría él desde el cielo, tan resignada y tan alegre!







## INDICE

---

### Caminito de su iglesia

---

	<u>Págs.</u>
<i>Lo que dice su autor y lo que decimos nosotros ...</i>	5
Sus primeros años .....	7
Metido en la brega.....	9
Se acaba el retrato.....	12
Nuevo concurso.....	14
Se le nombra Arcipreste .....	16
La revolución de Octubre.....	17
A D. Venancio no le mataron.....	19
A campo traviesa.....	22
Otra vez en Barruelo.....	24
La obra en marcha .....	26
Suspende la construcción.....	28
Se reanudan las obras .....	31
Habilitando templos .....	33
Fin propio de tal vida.....	35
Una mirada atrás.....	36
Para la vida de su espíritu.....	39
Un juicio exacto.....	40
En Barruelo y con Barruelo.....	41

## Como el Maestro

---

	<u>Págs.</u>
<i>Pagando una deuda</i> .....	45
Comarca del Panadés .....	47
Nuestra fuerza.....	48
Soplo de vida.....	50
El secreto.....	51
Entre injurias .....	53
¡Pedía el martirio! .....	54
Te Deum. ....	55
La última comida.....	56
Sentenciados a muerte .....	58
Fisonomía de su espíritu.....	59
Una Misa singular.....	61



